

EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.

MADRID. ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 82 rs.—Un mes, 12 rs.
PROVINCIAS. ... 130 rs. ... 96 rs. ... 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de
 D. Francisco de P. Mellado.

1^{er} Año. N^o 47. — Mayo 31 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la
 redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ,
 calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de
 España y América, á los Sres. A. Laplace y C^a, calle de
 St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.

ATLANTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACIFICO. ... 55 » (11 ps.). ... 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en París, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

SUMARIO.

TEXTO. — Crónica de París, por JULIO LECOMTE. — Correspondencia
 de España, por CARLOS YRIARTE. — Crónica de Madrid, por JOSÉ
 MUÑOZ Y GAVIRIA. — Los voluntarios húngaros, por L. DE B. —
 Desembarque del general de Montauban en Hong-Kong, por M.

V. — Juramento de fidelidad prestado á Carlos XV, rey de Sue-
 cia por los Estados, por MAG VERNOLL. — Crónica científica, por
 C. A. MARTIN. — Acontecimientos de la semana, por JULIO NORIAC.
 — Crónica de Tribunales, por PETIT-JEAN. — Ulrico (continuacion),
 por EDUARDO GOURDON. — París desconocido, por E. GOURDON.
GRABADOS. — Voluntarios húngaros. — Entrada solemne en Madrid
 de las tropas españolas de vuelta de Marruecos. — Estátua de

Lhomond en Amiens. — Revista de las tropas federales pasada en
 Ginebra. — Llegada del general Montauban á Hong-Kong. — Los
 Estados de Suecia prestando juramento de fidelidad á Carlos XV.
 — Revista de la semana. — El señor Yriarte presentando sus
 diseños al rey de España. — Planos topográficos de Palermo y de
 Trápani. — Desembarque de la expedicion italiana en Marsala. —
 Plano geográfico de la Italia meridional.



Voluntarios húngaros, de un cuadro de la esposicion del boulevard de los Italianos, perteneciente á la coleccion de M. Van Cuyck.

CRONICA DE PARIS.

El *Times* anunció, la semana última, la muerte de la viuda del lord Byron. Había nacido en 1794 y era la hija única de sir Ralph Milbanke Noël, *baronnet*, baronesa de derecho por su madre, hermana y coheredera del baron Wentworth, noveno de este nombre, que murió en 1856. Miss Milbanke se casó con el ilustre poeta en 1815, y acaba de morir á la edad de sesenta y seis años. No había tenido mas que una hija, esa Ada que tan frecuentemente cita Byron en sus poesías íntimas, la cual se unió en matrimonio con el conde de Lovelace, y murió en 1852.

Lord Byron había publicado ya los primeros cantos de la *Peregrinacion de Childe-Harold*, el *Giaour*, la *Desposada de Abydos*, y hecho sus primeros ensayos como orador en la Cámara de los lores, — era ya célebre y escitaba vivamente la atención de los nobles y de las hermosas de Inglaterra, — cuando encontró á la que la fatalidad le destinaba por compañera. Una circunstancia debió evitarle este encuentro, puesto que su resolución era el abandonar repentinamente la Inglaterra, lo que por su desgracia no verificó bastante á tiempo. Esta circunstancia fué un verdadero escándalo. «Una mujer de alto rango, dice Emilio Souvestre en sus noticias sobre Byron, una mujer que había apurado todos sus recursos, aunque inútilmente, para cautivar el corazón del noble lord, trató de degollarse con los pedazos de una copa de sorbete en medio de una fiesta dada por lady Heathcose.» Prestósele socorro á tiempo; mas este acto ridículo fué tan ruidoso que obligó al poeta á pasar al continente, é iba ya á verificarlo... cuando encontró á la que mas tarde fué su esposa, lo que nos refiere él mismo al trazar el siguiente retrato de la mujer fallecida en la anterior semana:

«La primera vez que vi á miss Milbanke, fué en casa de lady... pocos dias despues de esa necia aventura (el conato de suicidio en pleno salon). Fué un dia fatal: recuerdo que me caí al subir la escalera y dije á mi acompañante Moore que aquello era un mal agüero. Debí dar mas importancia á este presagio! Al entrar en la cámara fijé mi atención en una jóven vestida con mayor sencillez que las demás, y sentada, sola, en un canapé. Me figuré que era una aya, y preguntándole á uno de los circunstantes, *es una rica heredera*, me contestó, y harías bien en tomarla por esposa para restaurar la antigua quinta de Newstead!

«Tenía miss Milbanke un no sé qué de picaresco y de eso que llamamos *gracia*; sus facciones eran menudas y femeniles, aunque bastante irregulares, su cutis finísimo, su cintura esbelta y su figura respiraba, por decirlo así, un aire de candor y sencillez que seducía. Me interesó mucho, me aficioné á ella cada vez mas, y concluí por solicitar su mano..., á cuya demanda no accedió, aunque en términos que no podían ofenderme.»

Un año despues miss Milbanke, á quien su madre había aconsejado la primera negativa, anudó las relaciones que motivaron la segunda demanda admitida esta vez. La jóven restableció el roto lazo amoroso con el gran poeta en una entrevista en que éste la pedía su amistad; por este motivo escribió Byron: «La amistad es una palabra muy peligrosa para las jóvenes: es el Amor con sus alas tendidas al aire que espera sólo una ocasión propicia para remontar el vuelo.»

Acompañaron á esta union singulares circunstancias, que presagieron á su imaginación tan viva é impresionable algo de funesto. «Habiendo ido á Newstead poco tiempo antes de su enlace, dice el citado autor, — volvió á su casa una noche contando que había visto á un fraile pasearse por entre los pinos. Al

oirlo el conserge se puso á temblar. — Dios conserve á milord! — exclamó, — es el espectro de la abadía que sólo aparece cuando la familia está amenazada por una desgracia! » El dia mismo de su casamiento encontró el jardinero al cavar la tierra una sortija que había pertenecido á su madre; Byron la consideró como enviada por aquella, y quiso que esta alhaja sirviese de anillo nupcial, olvidando cuán infeliz había sido la que le dió el sér durante su matrimonio. El dia de su boda se anunció tambien con los mas tristes augurios, y Byron habla de ello varias veces al capitán Medwin.

«Mistriss Williams, escribe, había predicho que el año vigésimo séptimo de mi vida sería fatal; la adivinadora tuvo razon, este año debía serme funesto. Efectivamente, jamás olvidaré el 2 de enero de 1815! Lady Byron era la única que permanecía indiferente: lady Noël, su madre, lloraba; yo me estremecía como la hoja en el árbol; dí las respuestas al revés de como se me preguntaba, y despues de la ceremonia llamé á mi esposa miss Milbanke...

Cumplidas todas las formalidades, salimos todos para una casa de campo de sir Ralph, su padre. Sorprendíome la clase de preparativos hechos para este viaje, y manifesté cierto disgusto al encontrar una aya ó doncella entre mi desposada y yo... Ay! mas adelante sentí que no hubiese continuado siempre del mismo modo! El sol lució apenas en nuestra luna de miel; pronto el cielo de nuestra dicha se cubrió de nubes! »

Hablando mas de su mujer, Byron añade:

«Era algo literata y componia versos, muy raras veces buenos. Sus cartas eran enigmáticas é ininteligibles. Sujetábase á lo que ella llamaba reglas fijas y principios matemáticamente alineados. Hubiera sido capaz de sostener una tesis en Cambridge! Cuando se presentó en sociedad por primera vez, estaba yo de moda; tenía la reputación de un calavera célebre, de un elegante afortunado, y las jóvenes se mueren por esa clase de jente... Se casó conmigo por vanidad. Era una niña mimada, con un carácter celoso por naturaleza, exasperado por las oficiosas observaciones que, respecto á mi conducta, le hacian aquellos que merecian su confianza.»

El hecho es que estos dos caracteres no pudieron jamás armonizarse: Lady Byron no comprendió lo que había de elevado, grande, y acaso escepcional en esta alma que, para su ventura doméstica, hubiera debido encontrar una dulce Medora en vez de una especie de Clytemnestra.

Lanzado de su hogar por las luchas, por las exasperaciones, por las crisis multiformes que sustituían á la paz bienhechora que necesitaba su imaginación como dulce correctivo de su carácter, Byron se entregó á la disipación y al loco despilfarro, que le acarrearón la penuria, ya que no su ruina. Las leyes implacables de entonces permitieron á los acreedores asaltar su residencia y apoderarse hasta del lecho de lady Byron. Se comprende la indignación que se apoderaría de la metódica esposa con semejantes turbulencias! Declaró que deseaba retirarse á casa de sus padres... y siguióse á esto la separación. Un partido muy numeroso y agitado se alzó en defensa de la mujer, atacando violentamente al marido, — medio eterno que emplean las pasiones bastardas para vengarse de la superioridad de un hombre público, afectando un rigor hipócrita respecto á su conducta privada!

Byron intentó con insistencia volver á reunirse á su esposa; pero al cabo le fué preciso consentir en la separación legal, dejando en poder de aquella á su tierna hija Ada. Desde este momento, indignado, lleno de exaltación, publicó varios trozos de poesías, en los que se desborda su alma, destrozada por la familia, y ultrajada por la calumnia. Los versos

que dirige á su mujer al separarse de ella llevan la espresión del sufrimiento; versos conmovedores que, por la magia de su génio, arrancan lágrimas al lector. Descendiendo en seguida de esta altura, estigmatiza á esa mistriss Charlemont, esa aya que encontró desde el primer dia entre él y su esposa, esa mujer á quien acusa de un influjo funesto en su vida conyugal: «Nacida en una bohardilla, educada para el fogon, ascendiendo despues en categorías y llamada á engalanar la cabeza de su señora, en fin, por servicios que no conviene calificar, elevada desde el tocador á la mesa de sus amos, servida con repugnancia por criados que valen mas que ella, con su mirada impasible, con su impúdica frente, come en el plato que antes fregaba; y confidenta de derecho, espía universal, enseñó á leer á la hija única y la enseñó tan bien, que con este motivo ella misma aprendió á deletrear. En adelante hizo grandes progresos en la caligrafía como lo prueban las repetidas calumnias anónimas tan lindamente escritas... »

Byron continúa en muchas páginas con el mismo language. Sus amigos le vituperaron que se ensañase tanto con «una mujer baladí á quien sus injurias no podían menos de enaltecer.» Esto nos recuerda un hecho del mismo género.

Al salir de una fiesta un noble, siente en su pecho el puñal de un pelgar asesino que desea robarle, y el noble lanza desaforados gritos.

«Silencio! — esclama el duque de Grammont que acude á su socorro con la espada desnuda, — ¿quereis hacer creer á esas jentes que pueden causar daño á un gentil-hombre?»

Byron abandonó definitivamente la Inglaterra, y pasó el estío de 1816 en las orillas del lago de Ginebra. Ligóse allí con madama Staël, quien intentó vanamente reconciliarle con su mujer. De aquí pasa á Italia, continuando la publicación de *Childe-Harold*, escribiendo sus desgarradoras *Lamentaciones*, y poco despues *Manfredo*, *Beppo*, *Mazeppa*, *Marino Faliero*, y dando principio al *Don Juan*. En Venecia ve por primera vez á la casi niña y encantadora condesa Teresa Guiccioli... y ama en fin apasionada, profundamente por la primera, por la única vez de su vida! El resto de ella no tiene relación con el hecho cuyos detalles han sido naturalmente evocados por la muerte de lady Byron.

~~~~~ Síguese bailando todavía! Un crecido número de damas ha suplicado á las que tienen sus salones abiertos que cierren la estación con algunas soirées dedicadas á Terpsícore. Uno de estos bailes *in extremis* sirvió el lunes último de teatro á una escena trágico-burlesca, que creo poder contar sin que en ello cometa mas falta que una ligera indiscreción... y la indiscreción es el defecto que el público perdona con mas facilidad á un cronista de Paris. Allá va, pues, la historia. Los convidados no conocen de ella sino la parte chistosa; — aquí encontrarán la parte secreta y terrible. Hace cosa de dos años, una jóven italiana, de Bolonia, se casó en Milan con el descendiente de una familia histórica. Este no poseía mas que su nombre, mientras que ella era sumamente rica por parte de su madre. Amartelóse apasionadamente con el jóven, y le declaró su señor y dueño casi por un golpe de estado. Todo fué bien durante el primer año. Al concluirse la última guerra se encontraban haciendo una escursión á Venecia, cuando entablaron relaciones amistosas con una familia parisiense. Había en esta familia cierta jóven, viuda, linda, animada, inteligente y, sobre todo, adornada con la cabellera rubia mas soberbia que hubiera podido soñar una Ofelia, una Eva. El marqués de la R... (nuestro héroe matrimonial) se estasiaba ante estos finísimos hilos de oro, no sin gran



despecho de su joven esposa que tenia ricatas trenzas de bruñido ébano. Pásase un mes y la dama del blondo cabello parte con su familia. Algunas semanas mas tarde, el marqués encuentra un pretexto para ir á Roma... pero desde allí dirigió la proa cautelosamente hacia Paris.

La marquesa de la R..., de vuelta en Milan, sabe por una oficiosa compatriota el extraño error de brújula cometido por su esposo. Esta amiga la previene que el hipócrita frecuenta la ópera en compañía de la parisiense mas rubia entre las rubias! La celosa bolonesa, herida en el corazon con esta noticia, se exalta y obliga á su padre á que inmediatamente la lleve á Paris.

Todo estaba pronto para esta repentina marcha, cuando la retrasó en un dia para proporcionarse cierto objeto singular y extraño. En Italia, las épocas turbulentas de la historia han dejado entre un gran número de familias patricias tradiciones lúgubres, recuerdos conmovedores, — y tal vez prendas extrañas, instrumentos ó cómplices de esas pasiones tenebrosas. Por ejemplo: el año 1846 se veía en Venecia en el museo Sanquirico uno de esos falsos *puñales de cristal*, fundido en la isla de Murano, en cuya hoja estaba oculto un corrosivo veneno. Al herir á la víctima... la afilada hoja, perforada junto á la empuñadura, se rompía fácilmente en la llaga horrible donde derramaba el mortífero veneno entre las esquirlas del cristal! Pues bien, lo que buscaba la celosa marquesa no era precisamente un arma semejante, sino otra curiosidad de los pasados tiempos, mas fácil de adquirir: una bolita de oro, del tamaño de una arveja, que contenia algunas gotas de un veneno terrible, un equivalente á nuestro ácido prúsico, un hidrácido fulminante, la brucina ú otra cosa análoga! Esta *alhaja* formó en otra época el engarce de una sortija perteneciente a sus abuelas, y en la familia se conserva la tradicion del contenido de la misteriosa joya. Encontró, no sin grandes afanes, la terrible bolita que encerraba una muerte instantánea y segura, y, después de guardarla cuidadosamente, partió.

A mediados del corriente mes de mayo, la marquesa de la R... llegó secretamente á Paris, alojándose en casa de la citada oficiosa amiga, casada con un francés, rico propietario, cuyo nombre ha figurado mucho en las discusiones relativas á la última lucha electoral. Al punto supo varios detalles concernientes á su marido, que por su índole aumentaron en ella el pesar y los celos, — entre otras cosas llegó á su noticia que el infiel debia acompañar á la rubia parisiense á uno de los últimos bailes de la estacion, anunciado por un banquero extranjero que durante el invierno tiene abiertos sus salones en Paris. Propónese concurrir á este baile! y la amiga tiene la debilidad de pedir permiso para presentarla.

El dia, ó mejor dicho, la noche del baile, llega por fin: era el lunes último. La marquesa estaba vestida completamente de negro, cubierta de encajes y de azabaches. Con su tez mate, con sus cabellos y sus ojos negros, estaba soberbia y singular á la vez: su mirada tenia el ardor de la fiebre, estremeciase todo su cuerpo, — los concurrentes retroceden para dejarla pasar, todos vuelven la cabeza para mirarla despues que ha pasado!

Llega una de las primeras para preceder á su infiel, echa una rápida ojeada por las estancias y va á colocarse en un saloncito cuyas arañas derraman una luz opaca por las flores de que están cubiertas. Allí espera que llegue su marido con su indigna rival. Allí ha declarado á su amiga que su intento no era mas que sorprender, petrificar á su marido con su repentina presencia... y en seguida huir y desaparecer. Trascurre una hora: ya llega!

— « Querida, — la dice su amiga, — ahí está vuestro marido...

— « Solo, ¿no es verdad?

— « No...

— « Cielos!... con?...

— « Con ella!

— « Vamos... es preciso! — murmuró la infeliz mujer, sintiendo su cuerpo mas débil que su valor.

Y se levanta por un violento esfuerzo de su voluntad para penetrar en el salon. Pero antes de abandonar su sitio saca la emponzoñada bolita de oro, escondida en su guante, y la coloca entre sus labios. El metal es muy delgado, sólo con apretar los dientes puede hacerle estallar para caer de repente como herida del rayo á los piés del traidor, ingrato á su pasion terrible y encantadora á la vez!

Supongo que mis lectores se encuentran en el espléndido salon del baile. ¿No veis á esa hermosa joven que corta los grupos, escitando la atencion en torno suyo, oyendo sin escuchar los testimonios de la admiracion que inspira, llenando de extrañeza á la concurrencia numerosa con su traje negro en mitad de una fiesta en donde todos los colores del arco-iris parecian demasiado pálidos á la mayor parte de las mujeres rabiosamente adornadas? Pasa... y cualquiera creeria que sonríe de placer al verse mirada y admirada, cuando es así que lleva oculta la muerte, repentina, terrible, detrás de esa sonrisa! Un veneno irresistible encerrado en una frágil cáscara de metal se ajita detrás de esa megilla que debia estar animada por las tintas de la juventud y por los goces del sitio en que se encuentra, y que sin embargo palidece de emocion, de ansiedad, de terror.

A pesar de eso camina tan implacable como hermosa. Así me figuro á lady Macbech adelantándose terrible y contraída en la fiesta de Invernes donde debe perecer Duncan. Distingue por fin á su marido que walsa con la joven de los rubios cabellos, y palpitante, pero contenida, la marquesa escoje el sitio donde vienen con preferencia á detenerse las parejas. Quiere presentarse de repente á los culpables y vengarse segun su desesperacion. Pero no puede permanecer ajena á lo que de ella dicen los grupos que miran bailar:

— « Calla! — esclama un joven *rizado y rayado* desde el occiput hasta el sinciput, — la famosa rubia se decide por fin á bailar! Es extraño, porque rehusa siempre! ¿Quién es el que ha logrado?...

— « Cómo! no lo sabeis? — le responden, — es ese italiano que está tan locamente prendado de ella desde hace un mes... dicen que lo que mas le ha fascinado es esa maravillosa cabellera rubia, esa dorada espiga de trigo, ese rayo de sol que adorna la cabeza de la baronesa, como si nueva Diana, sorprendida en el baño de algun bosquecillo por los curiosos Acteones, no necesitase mas que quitarse el peine para versé castamente cubierta desde los piés á la cabeza.

— « Los romanos están satisfechos de cabelleras negras... se comprende que la variacion los enamore!

— « Estos señores se engañan respecto á la hermosa trenza de la baronesa W...! — dice muy bajo á su vecina una mujer sentada detrás de nuestra celosa, cuya sangre ardia al escuchar lo que se murmuraba en torno de ella.

— « Pues, cómo es eso? — replica la otra.

— Toma! muy sencillo! mi hermana, que estuvo en la pension con ella una porcion de tiempo, asegura que hasta la edad de diez y ocho años sus cabellos nada tenian de particular ni en el color ni en volumen, y que, sin duda, se vale de algun audáz artificio para merecer la admiracion de los crédulos.

— « De veras? á fé mia que nos fastidiaba con sus trenzas, sus bucles, su rodete y sus canelones, y que no tendré ya pena de...

No pudo entenderse el final de la frase.

La marquesa siente no poder escuchar por

mas tiempo estas pullas, porque la valsadora pareja llega jadeante al sitio previsto. Entonces, ocultándose tras un grupo, se aproxima. Mientras que el marqués dirige á su dama expresiones de lisonja, cuyo sentido se manifiesta en las facciones de aquella, la pobre esposa, perdida de celos, oprime ya la pequeña bola de oro entre sus dientes, pronta á romperla en presencia de su marido y de su odiosa rival, en el colmo de una apasionada exaltacion digna de la Italia del siglo XVI... Pero en este supremo instante oye detrás de ella la misma voz que dice:

— « Mirad, mirad, querida mia: no por escuchar las sandeces que le dirige ese italiano deja de asegurarse de si sus trenzas se han descompuesto con el vals! comprendo muy bien porqué no quiere valsar nunca! sin duda teme que por algun choque desgraciado quede manifiesta su impostura... Miradla bien... su mano inquieta examina si todos los alfileres del peinado están bien sujetos... »

A estas palabras se operó repentinamente una reaccion en el alma de la marquesa de la R... El lado ridículo de la situacion se presenta á la vista perspicáz de esta italiana que tan bien concilia todos los extremos, todas las antítesis...

Adelántase resuelta, coje con rapidez el peine de esmalte azul incrustado de diamantes que la bailadora acaba de asegurar, le arranca, y con él las blandas y ricas trenzas que arroja sobre la alfombra del salon.

Añadámos que la misma inspiracion saludable y vengadora que guió su mano, la impulsó tambien á ocultar en su seno el globito de oro que contenia la desesperada muerte de una italiana hermana póstuma de las Luisas Strozzi y de las Beppas Strasoldo. El drama se habia convertido en sainete!

Qué cuadro! el marqués cree que es un insulto hecho á su pareja, se vuelve furioso, y se encuentra frente á frente con la que creía muy tranquila en Milan, y que fija en él una de esas miradas indefinibles, abrasadoras, peculiares sólo de los ojos negros; miradas que llegan, rápidas y ardientes como el choque de un proyectil, hasta el corazon de la persona á quien se dirigen! Suscitóse al punto un murmullo tanto mas general cuanto que la baronesa W... habia perdido el sentido, conmovida por la humillacion.

La causa del lance circula súbitamente, difundida sin duda por la amiga de la marquesa. Es una esposa ofendida que toma venganza! Luego, comola belleza escepcional, y puede decirse hasta impertinente, de esta cabellera chocaba á las mujeres, — como por su parte los hombres sentian la humillacion de haber sido tan cándidamente engañados, todos, unos y otras, se pusieron en favor de la bella y valerosa Italiana, que salió del salon, llevándose á su confuso y avergonzado marido, en medio de una especie de ovacion tácita, pero bien marcada en la actitud, en las sonrisas, y en las simpatías de los circunstantes! Al dia siguiente mártes, marqués y marquesa salieron para Milan. La amiga en cuestion, — que nos ha contado el caso, — asegura que marcharon completamente reconciliados y convertidos en los mejores amigos del mundo.

Circulan una infinidad de chistes sobre la aventura del baile, del que sacaron á la baronesa W... despues de haber recobrado sus sentidos... y sus trenzas.

« — No hay como las Italianas! — decia uno, — no se andan por las ramas para cojer á sus rivales por los cabellos!

» — No importa! — exclamó un escritor que formaba parte de los engañados adoradores de esta espléndida cabellera, — siento que la hayan arrancado una de *nuestras* ilusiones!

JULES LECOMTE.

(Trad. A. L. de B.)





Entrada solemne en Madrid de las tropas españolas de vuelta de Marruecos.



(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Madrid, 18 de mayo de 1860.

Con el objeto de dar toda la solemnidad que reclamaba la victoria á la entrada triunfal de las tropas en Madrid, habianse reunido todos los cuerpos llegados de diversos puntos del litoral, en su último campamento, á legua y media de la capital. Cada tienda se hallaba levantada como en Africa, amueblada (ó desamueblada si así lo preferís) como en tiempo de guerra. La disposicion misma del campamento debía recordar la última estacion de las tropas cerca de Tetuan. Era en efecto para los habitantes de Madrid un gran objeto de curiosidad, pues esta guerra ha sido tan popular que lo que habla de ella interesa vivamente á los Españoles. Las tropas no han acampado mas que dia y medio, y desde el momento en que se plantaron las tiendas, hasta que partió el ejército para Madrid, la muchedumbre no ha cesado de sitiar á Amanuel. He recorrido el camino que conduce á dicho punto, á pié por la noche, en medio de grupos alumbrados con antorchas, que cantaban trozos de zarzuelas acompañándose con la guitarra.

No puedo decir hasta qué punto era esto pintoresco; las mujeres, sobre todo, se mostraban ávidas de este espectáculo enteramente nue-



Estatua de Lhomond, ejecutada por M. Gedeon Forceville, que debe ser inaugurada el 26 de mayo en Amiens.

vo para ellas, y llevando la curiosidad hasta la indiscrecion, penetraban en las tiendas para no ignorar ninguno de los detalles de la vida del campamento. Ya es de suponer que en medio de esta inmensa reunion, oficiales y soldados han descansado poco. Los huéspedes eran ruidosos, y era imposible el mas ligero sueño.

Figuraos cuarenta mil personas aglomeradas en el campamento de diez mil hombres, y buscando el punto en el cual se hallaban concentrados los soldados con el fin de satisfacer su curiosidad. Al rededor de las tiendas de los generales, tiendas perfectamente cerradas y oscuras, estacionaban trescientas ó cuatrocientas personas con la esperanza de que pronto llegaría el dia y de que el general se vería obligado á salir de su tienda y no se escaparía á la vista de los que tienen la constancia de esperarle allí.

Despues vinieron naturalmente las canciones, los gritos y los fuegos artificiales. Se ha tocado la diana á las tres y media de la mañana, encendiéndose inmediatamente las hogueras para el rancho. Aquel momento fué la señal de las entusiastas ovaciones: el general O'Donnell no podia salir de su tienda.

El general Prim buscaba en vano una puerta que no podia encon-



Revista de las tropas federales pasada el 20 de mayo en Ginebra, en el llano del Plain-Palais, por el general Ziegler. (Cróquis de M. A. Deroy.)



trar, no ha habido mas remedio que abandonarse á aquella muchedumbre que, despues de haberlos medio sofocado, los dejó andar y recorrer el campo. Durante este tiempo, las tropas se preparaban para recibir á la Reina que debia llegar á las nueve á visitar el campamento.

A las nueve en punto, entraba Su Majestad acompañada del rey y de un séquito numeroso, siendo recibida por el general en jefe y los demás generales, despues se ha dirigido hácia cada uno de los cuerpos de ejército, seguida de una muchedumbre que crecia á cada paso y ha vuelto al cuartel general. Algunos momentos despues, la Reina tomaba el camino de Madrid.

Dióse orden de doblar las tiendas de campaña, las tropas se formaron y el ejército rompió la marcha. Desde Amaniél hasta el palacio, entrando en Madrid por la puerta de Alcalá, no ha habido mas que una série de ovaciones, coronas, palomas, flores, versos y gritos entusiastas. Veinte veces se ha visto obligado á detener su marcha el ejército, viendo á su general estrechado por la muchedumbre hasta el punto de no poder andar su caballo.

Delante del círculo del Casino, una diputación esperaba al general Prim para dirigirle un discurso: de cada ventana llovian sobre la muchedumbre, impresos en papeles de colores, sonetos, himnos, cantos dedicados á los vencedores de Africa y compuestos por los poetas de Madrid.

En medio de todo esto, los episodios mas singulares, algunas madres anegadas en llanto, ancianos abrazando á sus hijos, finalmente un hermoso dia para Madrid, para la España entera.

No he podido menos de pagar un tributo, en presencia de tal espectáculo, á la memoria de los valientes regimientos que la suerte designó para quedarse en Tetuan, hasta la ejecucion del tratado.

Ciudad-Rodrigo, por ejemplo, que sufrió tanto en Wad-Rass. Y los húsares de la princesa, los héroes de Castillejos; los coraceros, toda la caballería, enfin, que ponía el pié en España mientras que sus compañeros de armas recibían el premio de tantos sufrimientos y de tanto valor.

En la noche, por la sola voluntad de los habitantes se iluminó la ciudad con gran lujo. Las divisas de cristales de color, los transparentes referían los hechos de armas del ejército de Africa.

Los miembros del club principal de la ciudad habían elevado un monumento morisco en honor del ejército y de la flota.

Algunas plazas, y entre otras la calle de la Montera con su pintoresca fuente y la iluminación del Crédito mobiliario, presentaban un aspecto muy hermoso.

Las iluminaciones han durado tres días, con serenatas á los generales, banquetes á los regimientos, en fin con toda la explosión del reconocimiento de un pueblo entusiasta.

C. YRIARTE.  
(J. R.)

## CRONICA DE MADRID.

Aunque ya insertamos la correspondencia del señor Yriarte sobre la entrada del ejército español de vuelta de Marruecos, no queremos privar á nuestros lectores de la interesante descripción que nos remite de Madrid nuestro nuevo y erudito colaborador, el señor don José Muñoz y Gaviria, quien de hoy mas seguirá honrando las columnas de *El Mundo ilustrado* con revistas quincenales de España.

La vuelta del ejército vencedor de Africa ha sido el gran suceso del mes de mayo.

Llegué, ví, vencí! decía el César Romano.

Otro tanto puede decir el ejército español en Marruecos. Llegó, y fué aclamado por sus hermanos de Ceuta: vió al enemigo y en veinte y tres combates lo derrotó: marchó sobre el Serrallo, sierra de Bullones, Castillejos, Guad-el-Jelú, y sobre Tetuan, la ciudad sagrada de los Muslines, y sobre lo alto de su Alcazaba, plantó la bandera de los Castillos y Leones, y obligó á demandar al orgulloso Arabe humildemente la paz. El ejército español ha tenido que luchar contra la furia de los elementos, los estragos del cólera, ese monstruo, que desde las orillas del Ganges recorre, asolándola, la tierra, y contra un ejército valiente hasta el fanatismo, que defendiendo á un mismo tiempo su religion y su país, se lanzaba sobre los cañones españoles, despreciando la muerte con la que creían abrirse el Paraíso de su Profeta y trocar las miserias de la vida por los placeres de celestiales Hurís. Por esta gigante masa han tenido que romper los Españoles á la bayoneta para llegar á Tetuan. A la bayoneta! sólo á la bayoneta! Y los Arabes se aterraban á su vista y se estremecían al oír el toque del paso de ataque; sin embargo de ese invencible terror eran bravos soldados, eran valientes, y ha habido grande gloria en rechazarlos. La guerra de Marruecos no ha sido solamente grande por la nobleza de su causa y de su objeto, sino tambien porque ha revelado al mundo lo que valen nuestros heroicos soldados y sus valientes entendidos generales.

El día 11 de mayo fué la última página de esta historia, el epilogo de este drama glorioso: la entrada triunfal en Madrid de los tres cuerpos de ejército que tan denodadamente habían combatido en Africa.

La víspera habían formado un campamento en la dehesa de Amaniél, distante una media legua de la capital. Todo el mundo parecia haberse dado cita en este campamento inundado, no sólo de los habitantes de la corte, sino de los que acudían de las provincias. Tres días antes, el vapor no dejaba de silbar y silbar, y de redoblar su celeridad los trenes, arrojando sobre la capital de hora en hora legiones de curiosos provincianos. Muchos pasaron la noche en el campamento, cuyas lonas ostentaban ese color peculiar que dan la lluvia y el polvo, y que revelaban los muchos sufrimientos del indomable ejército español.

La Reina visitó por la mañana el campamento, en donde á su costa se había dado un espléndido almuerzo á los generales y oficiales y un abundante rancho á la tropa con muchos miles de cajones de cigarros.

En vano intentaremos describir las grandes escenas de la entrada del ejército en Madrid! Cuántos episodios curiosos, interesantes, desconocidos, suministran materia para la anécdota! Todos los balcones de la carrera están adornados de ricas y vistosas colgaduras en las que rivaliza la riqueza con el gusto, están ocupados por señoras elegantemente vestidas en cuyas manos se ven coronas ó ramos de flores para arrojarlos sobre las cabezas de los vencedores. En muchas casas flotan al aire multitud de banderas españolas y las calles se ven obstruidas con una inmensa muchedumbre que ajita con todo el ardor de los pueblos meridionales, no ya el entusiasmo, sino el delirio. Es una cosa que no tiene nombre en ninguna lengua, un delirio para el cual carece de palabra el Diccionario. Multiplíquese la embriaguez por el entusiasmo, añádase el frenesí á la exaltación, búsquese cuanto la mas loca alegría pueda producir de exageración en la expresión de los mas vivos y mas ardientes sentimientos, y apenas se tendrá una idea del espectáculo que presentó Madrid el día 11 de mayo. No

era la villa de Madrid, era un volcan. No era alegría, era una explosión.

Despues de un peloton de la Guardia civil, venían en varios coches de la grandeza de España los oficiales heridos de los diferentes cuerpos, cuyo estado de convalecencia les permitía soportar la fatiga del triunfo: infantería, artillería, caballería, cada arma había suministrado su contingente.

Continuaban inmediatamente á pié los soldados heridos, sobre cuyo tostado rostro se marcaba la palidez del padecimiento, lisiados, cojos, mancos, llenos de cicatrices, apoyándose en los fusiles como en un baston, pero estendiéndolas piernas, tratando de marcar el paso con un estoicismo enteramente militar, sonriendo con la muchedumbre que los victoreaba y apenas los dejaba andar, asombrados de su entusiasmo, cual si el heroísmo fuese la cosa mas natural del mundo. Mas felices que los otros, han recibido por la España una de esas nobles heridas que embellecen al soldado. Oficiales y soldados apenas podían contener las coronas, los ramos de flores, las guirnalda que el pueblo entusiasmado les arrojaba á su paso. Desfilaban lenta y pesadamente porque sus llagas, que ha cerrado la ciencia, se irritaban con la fatiga. Una emoción profunda, irresistible, universal, se apoderaba de los espectadores, y mas de una lágrima corrió de los ojos de las mujeres y de los hombres al dar un viva á aquellos nobles mártires de la patria. Un joven amigo nuestro, capitán del regimiento de Baza, don Rafael Paz, que á sus simpatías como herido, reunía las muchas relaciones de su familia, en aquella misma tarde de su triunfo envió las muchas coronas que había recibido al sepulcro de su madre en el cementerio de san Isidro con esta tierna y piadosa inscripción: «A su querida madre, su hijo Rafael, herido en Africa.»

El general en jefe seguía á caballo rodeado de un numeroso estado mayor. Madrid no sólo había despojado todos sus jardines de flores, sino que había recurrido á los inmensos vergeles de Valencia, y á los deliciosos parterres de Aranjuez. Un diluvio de flores cayó sobre el general en jefe O'Donnell; las coronas se cruzaban con ellas, y millares de versos sobre papel de color revoloteaban por los aires y los caballos del general en jefe y de sus ayudantes, punto de mira de todos aquellos proyectiles, se agitaban y levantaban de manos. Hombres del pueblo se arrojaban literalmente debajo de los piés del caballo de O'Donnell que se veía obligado á refrenarlo ó á pararse para no atropellarlos.

Seguían despues los regimientos con sus banderas, muchas de estas agujereadas por las balas, acribilladas de metralla, ennegrecidas por la pólvora, descoloridas, no eran mas ya que sublimes harapos. Eran saludadas con los mas vivos aplausos y cubiertas de coronas. El regimiento de Borbon que había dejado la mayor parte de su fuerza sepultada en los inhospitalarios arenales del Africa, que había sido uno de los que habían iniciado la primera victoria de esta lucha en la batalla del Serrallo, fué el objeto de las mas interesantes ovaciones. Al lado de su coronel llevaban sobre una silla colocada en hombros de la multitud á un niño, á quien victoreaban con entusiasmo, y el que materialmente iba agobiado bajo el peso de tantas coronas, de tantas flores. Aquel niño era el famoso corneta de Borbon conocido por el *corneta de la encina*, porque separado del campamento, y habiendo trepado á un árbol para cojer bellotas, al verse rodeado de una turba de infieles, de quienes indudablemente hubiera sido prisionero, tuvo la feliz idea y la serenidad de tocar el paso de ataque y la carga á la bayoneta, y aterrados los moros huyeron des-pavoridos, pudiendo volverse sano y salvo al cam-



pamento, del que imprudentemente se había apartado.

Se acogió con la mas ruidosa simpatía á los cazadores que lucian su marcial desenvoltura y su pintoresco uniforme, y el entusiasmo no tuvo límites al ver en el batallón de cazadores de Baza, marchar al lado de las filas adornado de cintas, de flores y de ramas de laurel, un perro que había hecho toda la campaña de Africa. Aquel perro se llama *Palomo*, nombre del cabo que lo cuida. Después de haber participado de todos los peligros porque ha pasado en Africa el regimiento, tenía derecho á participar de su triunfo. Rechazado en Barcelona al embarcarse el batallón, había quedado ahullando en la playa, hasta perder de vista el vapor que conducía los cazadores á Ceuta. Dos meses después, un día sin saber cómo, al toque de Diana volvieron á ver los cazadores de Baza al perro *Palomo*, que permaneció fielmente con ellos acompañándolos en los caminos, en los campos de batalla y por todas partes, siendo herido en una de las acciones de guerra.

No ha sido solo el perro *Palomo* el que escitó al alegría y las placenteras risas de la muchedumbre entusiasmada en el día del triunfo. El batallón de cazadores de Chiclana llevaba también adornada de cintas y de flores una perra, cuya historia no es menos interesante que la del perro *Palomo*. *Palomo* había nacido en España y la perra del batallón de Chiclana en Africa: y un día en medio del horroroso fuego del combate, abandonó el campo del Moro uniéndose á los cazadores, siendo desde aquel día de su pase á las filas españolas, modelo de lealtad. Los soldados, atendida su procedencia, la llamaron *Abbas*, del nombre del general africano. El pobre animal *Abbas* no se ha separado un solo instante del batallón de Chiclana, lo ha seguido en las guerrillas, en el servicio de trincheras y en las últimas batallas, sin que la arrede el estampido del cañón ni el silbido de las balas que pasaban por encima de ella. La perra *Abbas* no ha dejado de habitar nunca fuera de las tiendas de los soldados, pertenece al batallón todo entero, y no ha querido jamás ir á vivir con uno de sus oficiales. La perra *Abbas* ha parido en el campamento, y como su parto coincidió con la jornada de los cazadores al pueblo de Samsa, la prole que se conserva de este parto lleva el nombre del pueblo Árabe. Samsa, hijo de la perra *Abbas*, vive hoy en poder de un oficial de Chiclana.

Continuaba entre una inmensa ovación el desfile de las tropas, pero al pasar el cuerpo de ejército del general Prim, cubierto todavía con el heroico polvo de Castillejos y de Gualdras, con su joven general á la cabeza, que saludaba al pueblo con su sable, gritos atronadores estremecieron la capital de la monarquía. Diríase que Madrid sofocado encontraba su respiración. Jamás se había visto, jamás volverá á verse tal vez una fiesta semejante.

No sólo han mostrado en ella su entusiasmo las masas populares, sino las altas clases de la sociedad; así es que, mientras en la calle Mayor una linda y joven lugareña al ver que uno de los soldados de Baza sacaba el pañuelo para limpiarse el sudor que inundaba su tostada frente, un sucio y destrozado harapo, quitándose el hermoso pañuelo con que curiosamente cubría su cabeza se lo dió al soldado, tomando en cambio el destrozado suyo, que guardó ufana, cual una reliquia de uno de los defensores de la patria: al mismo tiempo en la carrera de San Gerónimo desde una de las rejas de la casa del marqués de Miraflores, su noble nieta, la vizcondesa de la Armería, después de haber arrojado varias coronas, se desprende del lindísimo ramito de flores que adornaba su pecho y llamó á un soldado de artillería, al que se lo entregó, y éste, presentándole marcial-

mente el arma, besa el ramo, lo coloca en la boca del fusil y marcha á incorporarse con sus compañeros.

En la calle de Alcalá una anciana agoviada por los años y por la enfermedad, veía pasar el regimiento de Borbon, fija su vista en uno de los soldados, que no han podido desfigurarse á sus ojos, ni el sol abrasador del Africa, ni los padecimientos de una penosa campaña, y cae desmayada diciendo simplemente delante del soldado español lo que Simeon al ver á Jesus: — *Ahora ya puedo morir*. El soldado se sale de las filas, estampa un beso en la frente de la anciana y diciéndola: « *luego nos abrazaremos, madre mia!* » torna conmovido y arrasados los ojos de lágrimas á continuar su marcha triunfal con sus compañeros.

Seria nunca acabar si hubiéramos de contar todas las interesantes anécdotas á que ha dado lugar la vuelta triunfal de las tropas vencedoras en Africa. A la entrada de cada regimiento en las provincias, se ha renovado la ovación, si no con igual pompa, al menos con igual delirio y entusiasmo que en la capital de la Monarquía.

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

#### LOS VOLUNTARIOS HÚNGAROS.

(Cuadro de M. M. C. H. Petten Kosen.)

Para entronizarse en la gran familia artística francesa, basta tener un mérito real é incontestable; por este medio es por el que M. Petten Kosen, artista húngaro de notable talento, ha obtenido su patente de naturalización en el público parisiense de pocos años á esta parte. Conocemos muy poco sus estudios anteriores é ignoramos por qué motivos se ha alejado de su suelo natal, pero debemos hacer constar el sincero éxito que obtienen sus hermosas composiciones.

M. Petten Kosen procede de Meissonnier, de quien no es sin embargo un plagio, por la pequeña dimensión de sus lienzos y por lo acabado de la ejecución, sino que pinta libremente; dispone con facilidad sus masas y sus grupos, y sus tipos se hallan llenos de verdad. Hasta ahora el talento tan distinguido y tan verdadero de M. Petten Kosen no se ha ejercitado sino con escenas de costumbres de la Hungría, y comprendemos fácilmente la elección de sus asuntos, pero esperamos que en la próxima exposición afirmará su mérito, del cual pueden juzgar nuestros lectores por la copia que damos hoy de los voluntarios húngaros.

LÉO DE BERNARD.

(J. R.)

#### DESEMBARCO DEL GENERAL DE MONTAUBAN EN HONG-KONG.

Reproducimos, según los documentos llegados de China, la llegada á Hong-Kong de M. Cousin de Montauban, general en jefe de la expedición que el gobierno francés ha enviado á China. Todos los habitantes de la isla, sobre todo los europeos, se habían dirigido al muelle en el cual flotaban los pabellones español, americano y británico.

Algunos súbditos del Celeste Imperio iban á mezclar su mudo terror con las demostraciones entusiastas que saludaban al futuro vengador del insulto hecho el año pasado á los pabellones franceses é ingleses.

El general de Montauban, después de haber visitado á Macao y Canton, debía partir de Hong-Kong, el 5 de marzo, para Shang-Hai, en el *Forbin* que llegaba de Cochinchina. El coronel Schmitz, jefe de estado mayor general, el coronel Bentzman, comandante de artillería, el superintendente militar Dubut, encargado de los servicios administrativos, y los oficiales agregados

al estado mayor debían acompañarle para preparar las medidas propias á asegurar las operaciones en el momento de la llegada de las tropas que se esperaban para fines de abril.

En Hong-Kong se ejecutan los grandes preparativos para la expedición anglo-francesa. Se han hecho ya abastecimientos considerables en aquel punto importante que domina la entrada del río de Canton. Cuatro mil caballos comprados en Manila y en el Japon se esperan allí, y los aliados tienen razón de tomar sus precauciones, pues los Chinos se alaban de que ninguno de los diablos rojos ó azules (Ingleses y Franceses) volverá á Europa.

MÁXIMO VAUVERT.

(J. R.)

#### JURAMENTO DE FIDELIDAD PRESTADO POR LOS ESTADOS Á CARLOS XV, REY DE SUECIA.

El 3 de mayo, el arzobispo Reuerdhal consagraba, en la catedral de Stockholm, á Carlos XV rey de Suecia y de Gotia y de las provincias que le están sometidas. A él y á ningún otro!

Dos días después, es decir, el 5 de mayo, se verificaba en la plaza de la misma iglesia y cerca del palacio real, la ceremonia del juramento de fidelidad prestado por los Estados, ceremonia reproducida por nuestro grabado con todo su esplendor. Nuestro dibujo representa el momento en que Su Majestad, sentado en el trono, pronuncia un discurso dirigido á los miembros de la dieta. El rey se halla rodeado de los ministros de Estado y de su corte. A la derecha del trono se hallan reunidas la reina, la duquesa Sofia, su cuñada, y la princesa Eugenia, hermana del rey. Los príncipes Oscar y Augusto, hermanos del rey, están sentados á la izquierda. En el estrado de la derecha se encuentran la nobleza y el cuerpo diplomático; el estrado de la izquierda está ocupado por las damas presentadas á la corte, las cámaras del clero, de los vecinos y de los aldeanos. Detrás del trono flota el estandarte real, y á la izquierda véase el general que lleva la espada del reino (*risen-svärd*), con la hoja desnuda y la punta en el aire.

Después del discurso de Carlos XV, el gran maestre de la casa del rey hace señal al heraldo del reino, quien pronuncia estas palabras: « *Señores gentileshombres y caballeros, prestad vuestro juramento al rey.* » La nobleza, en pie y elevando dos dedos de la mano derecha, presta el juramento dictado por el ministro de justicia. Los otros tres Estados prestan sucesivamente el mismo juramento.

Terminada esta ceremonia, el mariscal de la dieta, el Exc. señor conde de Sparre, y los presidentes de las tres órdenes, del clero, de los vecinos y de los aldeanos, van á besar la mano al rey. Después del besamanos, Carlos XV, seguido de la familia real y de su corte, entró en el castillo. Su Majestad se hallaba revestido con el manto real y la corona y llevaba el cetro en la mano. Marchaba bajo un palio conducido por cuatro comendadores de la orden de *Nordstjernan*.

Los bailes y espectáculos se han sucedido para celebrar todas estas ceremonias, y la nobleza ha reunido 40,000 rixdalers, destinados á una obra de beneficencia. Tributemos homenaje á los señores gentileshombres y caballeros de Suecia que han consagrado á los pobres tal cantidad. Es un donativo por este plausible suceso que el nuevo rey Carlos XV sabrá apreciar.

MAC VERNOLL.

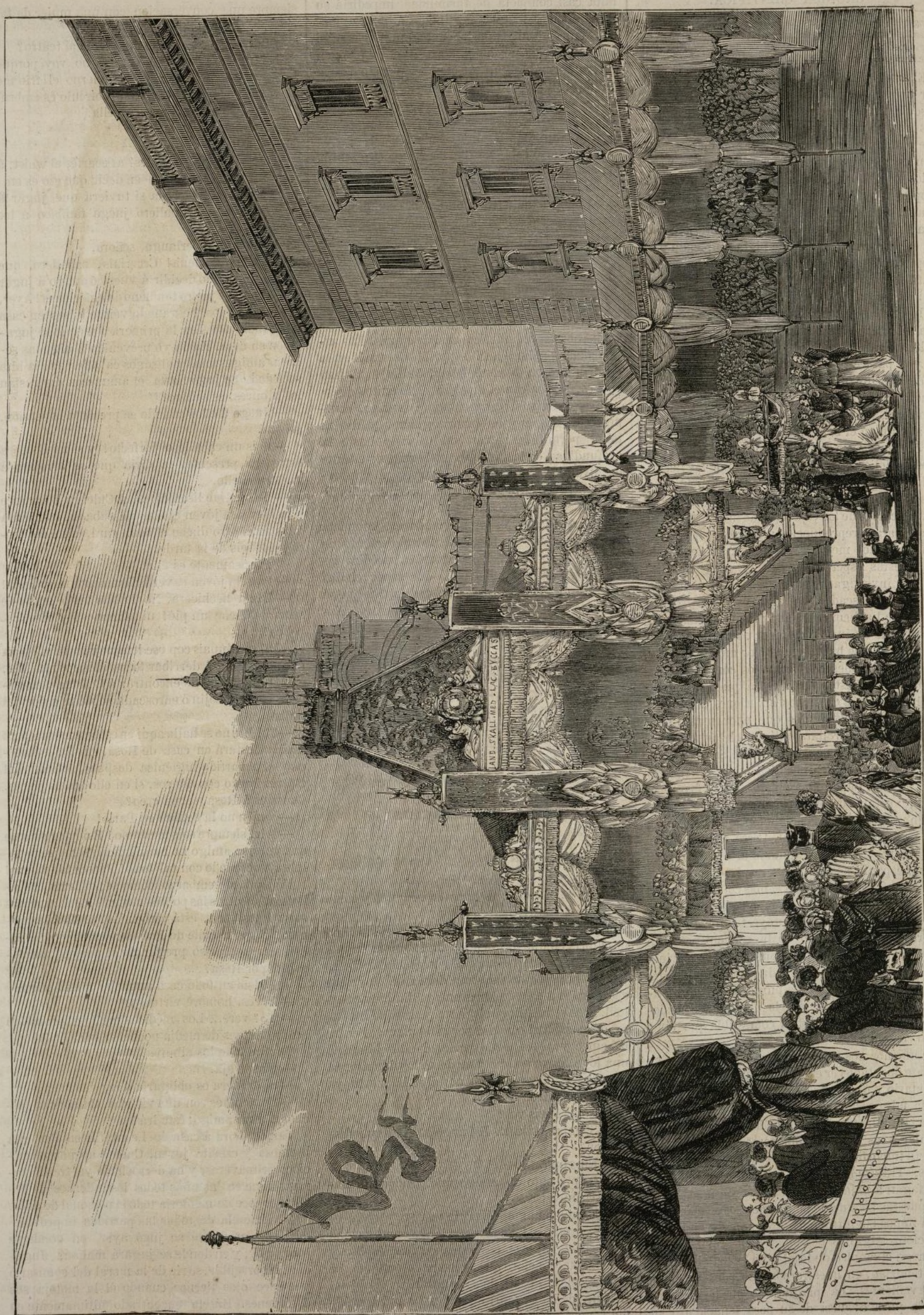
(J. R.)





Llegada del general Montauban á Hong Kong, el 3 de marzo, segun un croquis de M. L..., oficial de la expedicion.





Los Estados de Sarcia prestando juramento de fidelidad al rey Carlos XV.



## CRÓNICA CIENTÍFICA.

Fotografía sobre porcelana. — La bufanda calorífera. — Esperiencias de ostricultura, por M. Coste. — Reforma monetaria. — El laringoscopio del profesor Czermak. — Últimas sesiones de la Academia de ciencias.

El arte de los Baldus y de los Disdéri acaba de dar un nuevo paso. M. J. Wyard de Londres ha descubierto un procedimiento para obtener pruebas fotográficas sobre porcelana. Varios ensayos que pudieron apreciar los visitantes de la exposición universal, habían sido hechos ya sin resultados completamente satisfactorios. La mezcla propuesta por M. Wyard, para sensibilizar la porcelana, tiene por base el bicromato de potasa; esta sal recibe tan fácilmente la impresión de la luz solar como el nitrato de plata empleado para preparar los papeles fotográficos ordinarios. Es inútil decir aquí todo el partido que podrán sacar los artistas para la decoración de las porcelanas de lujo, de este procedimiento que tiene la ventaja sobre los otros de dar pruebas completamente inalterables.

Lyon parece tener el monopolio de cierta clase de descubrimientos; no imaginó un boticario de aquella ciudad, hace algunos años, una bufanda calorífera, para taparse la boca, destinada á evitar al pulmón el contacto del aire frío, á reemplazar con ventaja Niza y la Italia para los individuos de delicado pecho, retenidos por las necesidades de su posición durante el invierno en nuestras nieblas y nuestros hielos?

Anúnciase que las esperiencias hechas en Saint-Brieuc para la reproducción artificial de las ostras, han tenido los mejores resultados. M. Coste, que dirigía estas esperiencias, es ya muy conocido por sus investigaciones acerca de la reproducción de los pescados. La ostra es hermafrodita; cuando se ha fecundado á sí misma, abandona á la corriente un jugo generador compuesto, no de huevos como se había creído por mucho tiempo, sino de embriones casi formados como lo ha demostrado M. Coste. Cada ostra puede producir muchos millones de dichos embriones que se detienen en los obstáculos que encuentran para adherirse y desarrollarse allí completamente. Las esperiencias hechas en la bahía de Saint-Brieuc, cuya superficie es de unas diez ó doce mil hectáreas, no han tenido mas objeto que el favorecer las circunstancias que pueden contribuir á dar á los embriones todas las condiciones de existencia.

A principios de 1859, M. Coste publicó en el *Monitor* un informe presentado al Emperador en el cual esponía sus primeros resultados. Estos se hallan confirmados hoy con el mas completo éxito; así que, el ministro debe someter dentro de poco al consejo de Estado un proyecto que tiende á crear, para el fomento de la ostricultura, un nuevo artículo en el presupuesto de la marina. Ensayos posteriores de reproducciones artificiales emprendidos en diferentes puntos del litoral tendrán por resultado inevitable disminuir considerablemente el precio de un comestible que tiene tanto consumo.

Anunciábamos en nuestro artículo anterior que se trata de establecer en Francia un nuevo sistema monetario y que es necesaria esta recomposición por la falta casi completa de menuda moneda de plata. El ministro del interior ha invitado en una circular á las cámaras del comercio á ocuparse de esta importante cuestión, tan llena de dificultades. Trátase de crear nuevas monedas que satisfagan á todas las necesidades y que se hallen compuestas solamente de los metales en uso, pues sería imposible introducir otros nuevos en la circulación. Algunas personas han propuesto sin embargo el empleo de la platina ó del aluminio, que tendrían, en nuestro concepto, los mayores inconvenientes. La platina, no puede ser empleada pura á causa de su poca tenacidad y su

falta casi completa de fusibilidad impediría su liga con otros metales destinados á hacerla mas resistente. La introducción del aluminio es casi tan imposible, no hallándose aun definido su valor; forma, según se sabe, el principio de la arcilla y su precio relativamente elevado no proviene mas que de las dificultades de su extracción, dificultades que desaparecerán sin duda alguna tarde ó temprano. La única solución posible que se puede dar á esta cuestión es, en nuestro sentir, el empleo de nuevas ligas de oro, de cobre y de plata. El estudio completo de estos compuestos, bajo el punto de vista monetario, es una nueva carrera abierta á la habilidad de los químicos.

M. Czermak, profesor de fisiología en Pesth, ha llegado á Paris con un instrumento nuevo, el laringoscopio, destinado á la exploración, hasta hoy imposible, de la laringe y de la tráquea, sitios de tantas enfermedades que no se manifiestan con frecuencia sino por signos poco ciertos, contra las cuales obraba el práctico casi á ciegas. Las esperiencias públicas hechas por M. Czermak en la academia y en diversos hospitales de Paris han sido coronadas con el mas completo éxito.

El instrumento, extremadamente sencillo, compuesto de dos espejos cuadrangulares y de un tallo, permite penetrar con la vista hasta la profundidad de la faringe, distinguir netamente las diversas partes de este órgano, y aun entrever, al través de la glótis, hasta la bifurcación de la tráquea.

El invento de este ingenioso aparato completa admirablemente el inmortal descubrimiento de la auscultación. Él proporciona al médico los medios de obtener un diagnóstico cierto en las diversas afecciones, y sobre todo, en la tisis que se propaga con frecuencia hasta la laringe. Esperemos que, merced á un estudio mas completo de las lesiones anatómicas, impulsará en la vía del progreso á la terapéutica de esta triste enfermedad rebelde á todos los métodos de curación.

Las memorias de la Academia de ciencias no presentan en sus últimas sesiones nada de interesante. Sigue reinando la discordia en el campo de los astrónomos que, en nuestro juicio, nunca han estado mas lejos de entenderse.

C. A. MARTIN.—(J. R.)

## PARIS DESCONOCIDO.

## LOS TAPETES VERDES.

II.—Lugares en que se juega y los que hacen jugar.  
(Continuación.)

Y ahora, en dónde se juega? por quién y cómo se montan las partidas?

Indaguemos, y seréis muy desgraciado si no descubris en qué pequeño y lindo salón, en qué ahumado chiribitil ó en qué entresuelo de fonda podeis ir á perder vuestros doblones. Vayamos desde luego á casa de la baronesa Olimpia de Septe-til. Esta es la señora elegante y de edad madura que pasaba el otro día por el boulevard, entre las cinco y las seis de la tarde, dando el brazo á una joven cuya belleza y modestia os llamaron la atención. Ya llegamos, se nos abre la puerta, ya estamos adentro.

— Toma! sois vos?

— Siempre bella!... Estais sola? No hay indiscreción?

— Ninguna.

— Os presento un amigo mio, guapo muchacho, según veis...

— Es mucha amabilidad de vuestra parte.

Nos sentamos. La conversación es en un principio insulsa. Dícense cosas insignificantes lisa y llanamente. Es claro que se busca un objeto de conversación. Por fin háse encontrado el objeto. Después de haber murmurado un poco del prójimo,—pues así es como debe comenzar ó concluir

siempre una conversación con una mujer de tal clase,—se habla de los presentes.

— En qué pasáis el tiempo? Vais al teatro?

— Muy rara vez. En verano, no voy porque hace allí mucho calor, y en invierno el frío me clava en mi círculo. La vida del círculo es embrutecedora; se apicara uno con ella.

— Jugáis, sin duda.

— Algunas veces.

— A los juegos morales? al ecarté, al whist, á los cientos! Teneis razón en decir que eso es embrutecedor. Me moriría si tuviera que jugar á esos juegos. El caballero juega también á los cientos?

— Prefiero la berlanga, señora.

— En hora buena! Creeríais, caballero, que nunca he podido decidir á vuestro amigo á jugar á los albures? Juego tan lleno de emociones! Ayer, sin ir mas lejos, he ganado veinte lises en casa de Blondinette. Era la primera vez que se jugaba en su casa. Había yo prevenido á algunas señoras amigas mías y algunos caballeros de la alta sociedad. Se jugó hasta el amanecer. Os gustan los albures, caballero?

— Juego á ellos cuando se presenta la ocasión, señora.

— Sois un caballero perfecto! y si mi Culebra estuviera presente, la diría que se arrojara á vuestro cuello.

— Mucho me lisonjearía, si Culebra se parece á la hermosa joven que se paseaba en compañía vuestra el otro día en el boulevard, entre las cinco y las seis de la tarde.

— Precisamente es ella.

— Pues la joven es verdaderamente muy linda!

— Decid hechicera. No habeis visto mas que su cara? Tiene un pié! unas manos! y unos caballos!...

— Si continuais con ese lenguaje, mi amigo va á inflamarse y á derribar todos vuestros muebles, con la esperanza de encontrar á Culebra acurrucada bajo un cojín ó enroscada sobre una flor del tapiz.

— Culebra no se halla aquí en este momento, pero mañana estará en casa de Rosa, en donde hacemos una partida higiénica después de salir del teatro. Puedo convidaros, si en ello teneis placer. Conoceis á Rosa, según creo?

— Quién no la conoce en Paris!

— Ah! siempre sois malévolo! Estoy segura de que vuestro amigo no habría dicho semejante palabra, sobre todo con tal tono! Parece tan bueno!

Hé aquí, sin embargo, cómo se nos trata, caballero, á nosotras las pobres mujeres! Qué ingratos sois? Pues bien, está convenido? iréis á la reunión? Es en la calle de Provence, número 67. Sabéis que es preciso preguntar al portero simplemente por Rosa?

— Podeis en todo caso anunciar á mi amigo.

— Y vos, hombre virtuoso?

— Yo? veré... Los médicos me han prohibido cenar después de media noche.

Y sobre todo los albures?

— Sois bruja.

— Si lo fuera os obligaría á ir.

— Contentaos con una víctima. Culebra ha fascinado á mi amigo; éste irá!

Vamos ahora á casa de Leonia. Leonia es una hermosa y esbelta joven. Cuenta apenas veinticinco primaveras, y ha derrochado ya tres fortunas. Tiene en las uñas todos los infiernos de Paris y conoce de memoria todo el personal de ellos.

Adviértesele de todas las partidas improvisadas, sabe en donde se jugó ayer, en donde se juega hoy, y en donde se jugará mañana. Jugadora incorregible, se ríe de la moral del comisario y le hace ojos tiernos cuando él la moteja sus desórdenes. Hácela encontrado últimamente en dos casas de juego invadidas por la policía, una



tras otra, en la misma noche. Esta perseverancia ha suministrado ocasion al redactor de un gran diario para atacar de un modo violento las costumbres del día. Es cierto que dicho periodista se hallaba en una de las partidas y habia perdido sus doblones. Llamamos á la puerta. Una criada viene á abrir.

— M<sup>me</sup> Leonia está en casa?

— La señora ha salido.

— Bah!... Veo en tus ojos que estás mintiendo.

— Caballero, es que la Sra. está descansando...

— Pues bien, volverémos. A qué hora se levanta tu sol?

— La señora no está acostada, pero...

Una voz en la estancia:

— María!

— Señora?

— Con quién conversas tanto tiempo?

— Son dos caballeros. Les estoy diciendo que habeis salido. Volverán, segun dicen.

— Hazles pasar... Caballeros, tomad asiento. Me quedo en mi butaca, y bajo la cabeza para no abochornarme de mi conducta ante vosotros.

— Coqueta! lo haceis para enseñarnos mejor vuestros hermosos cabellos!

— Adulador! Es que vendriais á pedirme dinero? Os advierto que he sido despojada anoche completamente. Habia algunos hombres sospechosos en casa de esa buena de Josefa, en donde no he ganado nunca.

— Luego se juega todavía en casa de Josefa! Creía yo que sus desgracias la corregirían.

— La hemos rogado tanto, que acabó por ceder.

— Sois verdaderamente demasiado buena en rogar á las jentes que os desuelan.

— Lo cierto es que esa casa me cuesta caro! No hablo de la comida, que es de 35 sueldos para las señoras y 50 para los caballeros; sino de las diversiones que se verifican despues. Tales como las partidas miserables, en las cuales no puedo nunca «rehacerme» cuando pierdo, y pierdo casi siempre! Las mujeres llevan algunos sueldos solamente y los hombres piden prestado. Hablemos de los albuces que se han echado el viérnes último en casa de Saint-Amour! Éramos diez y ocho personas, y todos teniamos oro. Se me ha envidado 25 doblones! Esa casa es segura. No sé lo que hace Saint-Amour, pero su casa no ha sido perseguida nunca. Asegúrase que ha prestado servicios en otro tiempo á un personaje que la protege...

— Ya sabeis que todas las jentes que hacen jugar se dicen protegidas.

— Lo sé. Y, la prueba de que Saint-Amour no tiene demasiada confianza, es que toma las mayores precauciones para no ser descubierta. Así que, no se juega en su casa sino de vez en cuando y nunca en día fijo. Durante todo el tiempo de la partida, un criado, que se coloca en la ventana de una pieza oscura, no aparta el ojo de la calle, pronto á dar la alarma al menor indicio de peligro. Finalmente, si llegara á penetrar la policía, todo se halla tan bien calculado, que se tendria tiempo para hacer desaparecer las apuestas y los naipes, y para servir una cena medio engullida ya antes de su invasión en la sala de juego.

— Estos detalles son primorosos. Mi amigo, que no es insensible á las seducciones del tapete verde, os escucha con todos sus oídos, y los tiene famosos!

— Siento no poder ocupar tanto mis ojos... Pues la señora se obstina en hablar al tapiz.

— Qué exigente sois! No es bastante el haberos dejado llegar hasta mi aposento, y es necesario que os enseñe también la triste cara de una mujer que ha pasado la noche en el juego y que ha perdido?

— Porqué seriais buena solamente á medias?

— Ea bien! cómo me encontráis?

— Hemos hecho bien en cerrar la ventana al astro del día, pues se habria puesto celoso.

— Esas palabras me prueban que habeis calumniado al caballero al hablar de sus oídos.

— Mi amigo tiene demasiado talento para guardarme ojeriza; pero yo, os la guardo á vos, cuando os veo tan hermosa y tan cortejada, y os la guardo por esa loca vida que os mata. Una mañana, quedaréis sorprendida al encontraros vieja y arrugada, en vuestro espejo...

— Se previene veinticuatro horas de antemano, y se franquea la carta, cuando se tienen que decir semejantes cosas á una mujer. Hubiérais debido advertirme, me habria preparado, ó no os habria recibido. Luego habeis venido á catequizarme?

— No tenia tal intencion, pero me ha venido ese deseo repentinamente cuando nos mostrásteis ese hermoso rostro que os obstináis en marchitar.

— Entonces, le oculto entre mis manos.

— No, escuchadme. Si no valierais mas que las otras mujeres que viven como vos...

— Os detengo al principio de vuestro discurso. Sois un cándido, querido, y, además, pesadísimo.

— Y vos, incorregible.

— Absolutamente incorregible. El comisario me lo ha dicho demasiado para que no lo crea yo. Mas bien que no jugar, creo que jugaria sola. Nos hallamos aquí tres, quereis jugar algunos albuces, allí, sobre esa mesa?... Estais ya bien convencido de que toda vuestra moral es inútil? Es lo que yo queria. Vamos, hablemos seriamente. Qué quereis que haga una mujer como yo cuando se fastidia? Me he puesto á jugar porque no tenia ocupacion, y continúo por interés, si no por gusto. Si no hubiera jugado, no habria conocido ni á mi viejo Baron, ni á mi guapo Moldavo, quienes me han dado mas de cien mil escudos en dos años, pues son jugadores uno y otro, y los he encontrado en el juego. Es cosa concluyente!

— Añadid, para completar vuestra defensa, que habeis perdido los cien mil escudos.

— Háse exajerado mucho! He perdido una parte y me he comido la otra.

— Circunstancia atenuante.... Os absuelvo!

— Está bien! entonces puedo consultaros acerca de un proyecto que medito hace mucho tiempo.

— Veamos ese proyecto.

— Nunca se ha jugado en mi casa...

— Esto prueba vuestra cordura y vuestra prudencia... Y bien?

— Pues bien!... Porqué fruncís las cejas?

— Quereis hacer jugar aquí? es cosa abominable!

— Una sola vez.

— Es demasiado. — Lo hacen tantas otras!

— Son viejas. — No todas.

— Os arruináis en la opinion pública. No se dirá ya: Leonia la jugadora; se os llamará la tia Leonia.

— Exagerais las cosas.

— Temed por lo menos á la policía.

— Tengo demasiada esperiencia para dejarme sorprender.

— Hé ahí una palabra que huele á la edad proyecta y á las canas. Envejeceis palpablemente.

— No, me hallo escasa de dinero; en esto consiste el busilis.

— Habeis pronunciado la palabra del enigma. Y vuestro... amigo?...

— Mi amigo? — Sí, el rubio.

— Carlos se halla arruinado. No ha pagado sus deudas del mes... Se ha marchado.

— Y las acciones de Strasburgo que os habia comprado el año anterior?

— Las he vendido... para él.

— Que increíble mezcla de buenas cualidades y de defectos! Amábais bastante á Carlos para sacrificarle veinte mil francos, y le engañábais! Conoceis el valor del dinero, y lo prodigais! Cuántas contradicciones! Sois un enigma.

— Hay muchos de esos enigmas en París.

— Lo dudo.

— Haceis mal. Es que Clara no ha vendido sus joyas y aun sus muebles para salvar á Arturo? Es que, sin Amelia, que es princesa hoy, no ha-

bria sido encerrado en la cárcel de Clichy el príncipe, hace dos años?

— Nada hay que decir acerca de la conducta de Amelia de dos años á esta parte, y el príncipe no se habria casado ciertamente con ella si la jóven hubiera tenido una casa de juego.

— No debemos asegurar nada. No se ha casado con ella por su virtud! Me habeis conmovido porque me habeis hablado como á un amigo, y es cosa rara! Habeis arrostrado mis bromas, lo que prueba cierto valor, por el cual quisiera poder recompensaros...

— Así que, no jugaréis ya?

— No he dicho tal cosa.

— No velaréis ya por la noche?

— Sois demasiado exigente.

— Por lo menos no haréis jugar en vuestra casa?

— Es difícil prometerlo.

— Y mas difícil cumplirlo. Tratais de ser princesa, vos tambien? — Por qué medio?

— Sed siempre alegre, conservad vuestra belleza, y haceros desear.

— Esta noche haré que se sirva la cena una hora antes, en casa de Blanca, ya veis que soy dócil!... No os convido, porque todos somos jugadores; pero si vuestro amigo quiere jugar una buena partida, puede ir á buscarme al Vaudeville á las once. Le presentaré á Blanca. Habrá lindas actrices y ricos extranjeros.

— Dad las gracias á la señora é inclinaos.

Esta noche en casa de Blanca, mañana en la de Rosa, es bastante para comenzar honrosamente vuestra carrera en esa «sociedad de contrabando» (estilo de diario), que os recibe siempre bien, si teneis oro. Seréis muy desdichado si, en quince días, no conoceis todos los garitos de París y si no os hallais exactamente informado de todas las partidas que se improvisen, ora sea en casa de ciertas mujeres, ó bien en las fondas. Jugadores, jugadoras y directores de juego crearán de su deber el informaros, día por día, del lugar al cual podeis ir á jugar una berlanga. Pondrán todos el mayor esmero en teneros al corriente, porque los unos y los otros os considerarán como una presa. Para la tia Cagnotte, es algo un buen jugador que tiene bien la mano. Puede pagar en una noche ciento y hasta ciento cincuenta francos de pasos. Para un jugador, otro jugador es un saco abierto de dinero, y piensa al invitarle, no causarle placer, sino aumentar sus propias probabilidades de beneficio y ganarle sus doblones. En cuanto á las señoras, jóvenes ó viejas, bellas ó feas, que median y reclutan jugadores para estos lugares de perdicion, independientemente de la esperanza que tienen ellas tambien de hacer pasar vuestro dinero á sus bolsillos, prevén la eventualidad de los reveses y cuentan con vos para los empréstitos. Qué medio hay de rehusar, cuando se gana, ó cuando se está perdiendo, el prestar cinco lises á unos lindos ojos aflijidos que se dirijen á vos como hácia una providencia! Las viejas no se hallan tan seguras de su influencia; sin embargo, las tentativas de empréstitos les surten bien algunas veces, y un hombre nuevo, conducido al juego por ellas, es una esperanza mas! Por poco que anuncie vuestro exterior cierto bienestar de fortuna ó que sois jugador, la boca de una vieja se pegará á vuestro oído y os dirá misteriosamente frases como la siguiente; «Habrá en casa una buena partida el jueves próximo. Serémos diez ó doce solamente. Cenarémos. Seréis de los nuestros, si quereis.» No vayais á parecer sorprendido, pues pasariais por un tonto en el ánimo de tales jentes, quienes tendrian derecho de preguntaros lo que habeis ido á hacer allí y os considerarian como sospechoso. Adonde fueres haz lo que vieres: con los jugadores se debe jugar: es el único medio de estudiarlos y de conocerlos bien.

EDUARDO GOURDON. — (Trad. p. J. R.)



## ACONTECIMIENTOS DE LA SEMANA.

Un lector constante del *Mundo ilustrado* nos ha honrado con una carta en extremo juiciosa que nos complaceríamos en publicar si no ofendiese un tanto nuestra modestia. Nuestro corresponsal, alarmado, teme que la política haga invasión en nuestras columnas. Nada mas legítimo y respetable que este temor y por lo mismo nos apresuramos á tranquilizarle.



Recepcion del gran duque Nicolas, en las Tullerías.

tal es nuestro objeto, comprendido, por otra parte, en el derecho comun, y no quiera Dios que pensemos jamás en propasarnos, apreciando estos mismos sucesos, discutiéndolos ó echando el fallo sobre su importancia y sus consecuencias inmediatas ó futuras.

Citemos un ejemplo para no volver mas á este asunto. Nuestros dibujos de hoy representan: el retrato de M. Frey-Herose, presidente del consejo federal suizo;

Una escena de « *Las patas de araña*, » comedia del señor Sardou;

Recepcion del gran duque Nicolás en las Tullerías;

Visita del Emperador á la Mothe-Beuvron;

Recepcion de los misioneros franceses establecidos en las márgenes del mar rojo por Said-Baja, en Alejandria;

Plano topográfico de Palermo y de Trápani;

Demolicion empezada del Teatro Francés;

El señor Carlos Yriarte presentando al rey de España los dibujos tomados del natural durante la guerra de Marruecos;

Revista de las fuerzas federales pasada por el general Ziegler, en Plain-Palais (Ginebra);

Copa de plata ofrecida como premio del concurso departamental de Lons-le-Saulnier.

Es, pues, entrar en el terreno político decir que Herose nació en Argan, que intervino en todos los acontecimientos de su país y que sería imposible escribir su historia sin recapitular los hechos que constituyen el porvenir de la Suiza? No; entendemos que esto es del dominio biográ-

Además, nos importa dejar consignado hoy mas que si publicamos hechos, y nada mas que hechos, nunca descendemos al terreno de la discusion.

Enunciar un acontecimiento, presentar sus fases en los grabados, añadir algunas líneas aclaratorias,

fico y continuamos en nuestro empeño.

Por el decreto contra las congregaciones monásticas dió un vigoroso impulso al movimiento anunciado estos últimos catorce años, movimiento que no debía encontrar su solución sino al plantearse la nueva carta federal.



Teatro del Gymnasio: las Patas de araña (acto final.)

La cuestion monacal, que tuvo su origen en Argan, llegó á ser europea porque se suscitó en una época en que el mundo entero disfrutaba de completa tranquilidad, y sabido es que se granjeó las simpatías de los hombres políticos y religiosos.

Participe en los conflictos cantonales, M. Frey-Herose llegó á ser, como era justo, miembro del consejo



Aspecto de las demoliciones en la calle Saint-Honoré, cerca del Teatro Francés.

federal. En 1847, época de Sunderbund, cuando probó que la situación podía salvarse sólo por la fuerza, M. Frey-Herose se presentó en la dieta.

Comisionado por las autoridades federales, M. Frey-Herose en 1859 recibió el nombramiento de presidente del consejo federal para el año de 1860.

El noble pensamiento de Napoleon III de fertilizar una de las comarcas mas estériles de Francia, la Sologne, proporciona ya á su autor grandes y dulces satisfacciones. Su Magestad contempló conmovido la llanura de Misabran, ayer inmenso páramo, hoy delicioso verjel. El buen resultado de estos esfuerzos poderosos es lo que derrama el bienestar en millares de familias, verdadero medio con que se hace amar y respetar el poder.

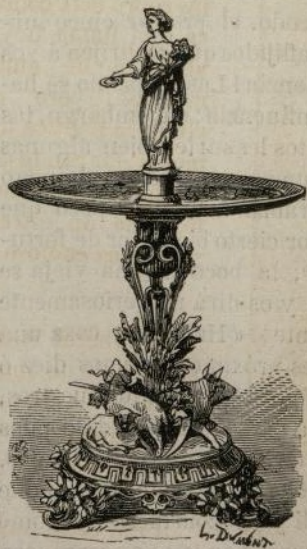
Su Magestad fué recibido por M. Boinvilliers, alcalde de Mothe-Beuvron, por el cura y el consejo provincial.

Después de haberse ocupado largamente del porvenir de la Sologne, el emperador declaró que la construccion de una casa de ayuntamiento y de enseñanza primaria se satisfaría de su bolsillo particular.

No nos ocuparemos de las fiestas celebradas en Turin el 13 de



Said-Baja recibiendo en Alejandria á la comision francesa, establecida á orillas del mar Rojo.



Taza de plata ofrecida como premio de honor por el concurso departamental de Lons-le-Saulnier, de una fotografia de M. Julio Daussey.

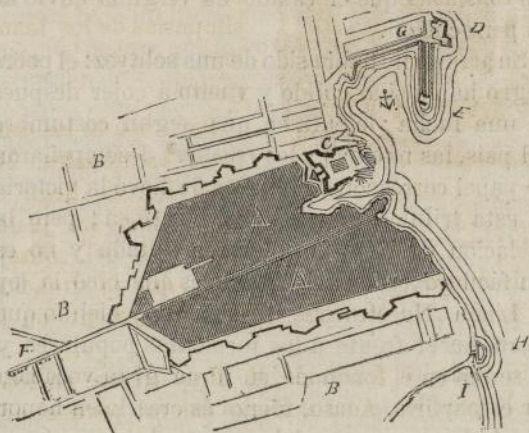


M. Frey-Hérose, presidente del Consejo federal, de una fotografia remitida por M. Fraiser.





Desembarque de la expedición italiana en Marsala (de un diseño remitido por un oficial inglés).



Plano topográfico del puerto de Palermo.

- A Antigua ciudad con sus fortificaciones.
- B Terreno ocupado por la ciudad ensanchada.
- C Ciudadela.
- D Fortín.
- E Muelle y fanal.
- G Almacenes.
- H Bateria.
- I Desembocadura del riachuelo d'Oreto.
- F Ruta de Montréal.

- a. El fuerte.
- b. Torre del Palomar.
- c. Fuerte.
- d. Nuestra señora de Trápani.
- e. Ruta de Montréal.
- f. Alturas del antiguo Trápani.
- g. La ciudad.
- h. Salinas.
- j. Anclage de tres á cuatro brazas.



Plano topográfico del puerto de Trápani.

mayo, el 12º aniversario del Estatuto. Estos regocijos públicos hacen dar al olvido las cuestiones políticas y les reservamos ancho espacio en nuestro próximo número.

M. Chiapella, nuestro corresponsal, nos remite una fotografía cuya minuciosa reproducción nos ha sido imposible concluir esta semana. En la próxima publicaremos los dibujos y detalles narrativos de estas fiestas á que han concurrido muchos italianos de la Lombardia y de las provincias centrales.

Nada diremos del desembarque de los voluntarios en Marsala: es un hecho consumado y, sea dicho de buena fé, ha ocupado bastante la atención pública.



M. Yriarte presentando al rey de España la colección de dibujos hechos para el *Mundo ilustrado* durante la campaña de Marruecos.

Tampoco hablaremos de los planos topográficos de Palermo y de Trápani, ni del mapa de Sicilia, y no por falta de deseo. Muchos lectores se complacerían en encontrar aquí noticias detalladas y exactas sobre esta comarca que llama hoy la atención de ambos mundos; pero por eludir la política iríamos á dar con la geografía, y, francamente, sería un extremo no menos enojoso.

El general Siegler pasó el 30 de mayo, como se vé en nuestro grabado, revista á las tropas del ejército federal.

¿Cuál es la importancia de estas tropas, su número y su organización? Lo ignoramos.

A dónde van? Tam-



poco lo sabemos y es muy probable que sobre este punto no esten ellas mejor informadas que nosotros.

Todo el mundo sabe de qué modo se verifica la recepcion de un huésped ilustre en las Tullerías, y hubiéramos pasado en silencio la del gran duque Nicolás si no perteneciese al dominio de la historia.

Los lectores del *Mundo ilustrado* tienen ya conocimiento de los dibujos y de las narraciones conmovedoras del señor Yriarte sobre la guerra de Marruecos. Nuestro colaborador ha tenido la honra de presentar estos dibujos á su soberano. La vida artística, tan llena de decepciones, tiene á veces sus horas de gloria. Cuando el favor recae, como en el presente caso, en una honrada individualidad, redundan en satisfaccion y orgullo de la clase entera.

En nuestro último número hablamos de la esposicion de horticultura en los Campos Eliseos y nos regocijábamos al ver abrirse este embalsamado símbolo de la paz. Los departamentos mas lejanos tienen tambien sus solemnidades agrícolas, menos ruidosas, pero de seguro tan útiles como las industriales. Al fin se vendrá á parar en que la tierra abriga ricos tesoros muy á la superficie, y que á la agricultura toca explotarlos.

La copa de plata acompañada de un premio de cinco mil francos ha correspondido á los Sres. Chauvin hermanos, de Pont-d'Hevry, en el concurso departamental de Lons-le-Saulnier por la mejor explotación agrícola.

La piqueta demoledora acaba de echar al suelo los edificios que ocultaban el Teatro-Francés. La casa de Molière ni se ha tocado ni se tocará quizá. Y no es porque, si bien se mira, no tenga algo que deba demolerse, sino porque no puede hacerse todo á la vez: por el momento sólo se trata de hermosear el exterior.

Restanos hablar de las *Patas de araña*, lindísima pieza del Gimnasio, llena de vis cómica, pero que se roza con la política... de Carlos Monselet.

JULES NORIAC.  
(A. L. de B.)

Dispensadme, M. Noriac, todavía os falta hablar de la estatua de Lhomond que la ciudad de Amiens debe inaugurar el 28 del corriente mayo. Los constantes recuerdos de los castigos que la obra *De viris* del modesto y sabio profesor costaba á todos los alumnos, ¿serian un obstáculo para tributar digno homenaje al gefe del antiguo colegio de Inville? Sin embargo, no habeis dejado de sacar provecho de sus lecciones, y vuestra última obra, la *Necedad humana*, prueba suficientemente el influjo que los *Elementos de la gramática francesa* ejercieron sobre vuestra joven inteligencia. No quiero creer en vuestra ingratitud: prefiero acusaros de distraído. Teneis bastante talento para que se os tolere este pequeño defecto.

Otra vez, mi querido colega, no olvideis que los diseñadores del *Mundo ilustrado* tienen mejor memoria que sus redactores.

LÉO DE BERNARD.  
(F. de la V.)

#### CRÓNICA DE LOS TRIBUNALES.

Profeso un cariño particular hacia los bomberos, no se nota en ellos ese tono soldadesco de los granaderos y de los tiradores, el talante animado de los cazadores de á pie, el aire orgulloso de los húsares de la guardia, ni el aspecto turbulento de los zuavos: no marchan como los que han oído llamarse los primeros soldados del mundo y que conocen que son el blanco de las miradas de cuarenta siglos. Su exterior es modesto y apacible: bajo su casco tradicional se ostenta por lo

general una fisonomía dulce y simpática. Cuando esponen su vida es sin hacer alarde, sin orgullo aparente. Y cuál no es su abnegacion en esa guerra sostenida uno y otro dia contra un enemigo ciego é implacable! Los otros militares tienen para enardecer su sangre, para escitar su valor, el olor de la pólvora, el estruendo del cañon, de la metralla y de la música guerrera, cien pasiones diversas, el patriotismo, la venganza, la ambicion, la gloria, ese conjunto de incentivos físicos y morales que impele y exalta al hombre en medio de los peligros, y embriaga su alma, haciéndole menospreciar la muerte.

Mas los bomberos no tienen sino un pensamiento, un móvil: la conciencia de su deber. Sus combates son anónimos: no pueden decir: estuve en Alma, en Inkermann, en Solferino: no tienen banderas agujereadas que ostentar en las revistas. Precisamente esta modestia que os es característica, esa abnegacion silenciosa es lo que os hace dueños de mis simpatías, honrados bomberos, soldados de paz y del hogar doméstico! Por lo mismo me afectó dias atrás el ver comparecer á uno de vosotros ante un consejo de guerra.

Ante un consejo de guerra, y porqué?

Acusábase al cabo Folliard de haber abandonado su puesto. Cuál puesto? Algun depósito de gas, de pólvora? No. — Las oficinas y la imprenta de « *el Monitor*. »

Pues qué, *el Monitor* es inflamable? Fuerza es creerlo: y la razon principal que se alega es que ya se incendió una vez, y para evitarlo en adelante paga diariamente la suma de 2 francos 65 céntimos al cuerpo de bomberos de Paris: merced á este estipendio, viene uno á las cinco de la tarde al establecimiento, en donde debe permanecer hasta el dia siguiente á las siete de la mañana, haciendo continuas y variadas rondas.

Tocábale su turno el 27 de marzo último al cabo Folliard. Media hora despues de su llegada se presentó en la portería acompañado del lamparista del establecimiento tipográfico y pidió al portero permiso para salir unos instantes, — el tiempo puramente preciso para echar un trago en la próxima hermita de Baco. « Un bombero abandonando su puesto para ir á brindar con un lamparista! fraternizar el fuego con el agua! » se decia el portero á quien irritan estos pensamientos, y niégase á abrir la puerta. El cabo insiste, encónanse las contestaciones y cádate á mi portero volando hacia el cuartel para que releven al discolo bombero, y vuelve acompañado de un cabo y de un sargento.

Qué habia sido del bombero? Este insiste en que no salió del establecimiento, que pasó en él la noche oculto en un rincon. Mas se puede llenar su puesto de este modo, mirándolo bajo el punto de vista militar?

A esta objecion del presidente opone otra el abogado, M. Faveric. Militarmente considerada la imprenta de *el Monitor*, puede constituir un puesto? — En seguida el abogado, conocedor y práctico en la materia, presenta su defensa bajo los seis puntos de vista siguientes:

La imprenta de *el Monitor* no es un puesto por que:

- 1º No está marcado en la lista de los que existen en Paris;
- 2º El bombero cuya vijilancia se reclama recibe un salario;
- 3º No se le da ninguna consigna verbal;
- 4º En el local que debe vijilar no hay consigna pública, ni ordenanza;
- 5º No tiene rondas que recibir;
- 6º Se marcha por la mañana sin que le releven, sin transmitir su consigna á nadie.

Merced á tan oportuna y hábil defensa salió del combate sano y salvo el honor del cuerpo de bomberos. Folliard fué absuelto.

Le felicito con toda mi alma, aunque no se le pueda citar como tipo de un buen centinela. Mas celoso se manifestó el *policeman* de San Francisco á quien la autoridad habia dado orden de vijilar los pasos de cierto médico, sobre el cual recaian gravísimas sospechas de que alteraba los ácidos de las monedas. Ese digno ajente, llamado Blitz, no vaciló en esconderse en una caja y tuvo el valor de permanecer dentro de ella tres cuartos de hora, y la satisfaccion de cojer á mi hombre con las manos en la masa. — Pero sucede que en la audiencia atacan su deposicion: se niega la posibilidad de que un hombre permanezca ni diez minutos siquiera encerrado en tan singular escondrijo. Sabeis lo que hizo el tribunal? Ordenó que la prueba se verificase en su presencia. Trájose la caja al tribunal: encerróse magestuosamente dentro el *policeman* y pasó de nuevo sus cuarenta y cinco minutos de centinela. O Folliard, bombero inconstante, habrías tú sido capaz de tal heroismo?

Decididamente la justicia americana tiene sus formas enteramente especiales. Véase sino á ese *sherif* del Estado de New-York que para salir de un atolladero no encuentra mejor medio que tomar de la biblia un célebre antecedente. Comparecia ante sí un esclavo fujitivo, capturado por los *constables* que el estado de Virginia envió en su persecucion.

Su arresto no habia sido de una sola vez: el pobre negro habia sido cojido y vuelto á cojer despues de una lucha violenta en que, segun costumbre del pais, las nabajas y los *revolvers* desempeñaron su papel correspondiente. Por fin llevó la victoria en esta trifulca la autoridad virgínea; pero la poblacion de New-York estaba ajitada y no es tan fácil gobernar á los yankees que creó la ley de Linch. Nuestro *sherif* sabia muy bien lo que cuesta hacer frente á las tormentas populares y no sentia en el fondo de su alma gran vocacion por el martirio. Acaso, fuerza es creerlo en honor del hombre, ya que no del magistrado, acaso tambien se le resistia entregar el fujitivo. Intimidado á que diese su sentencia, pide agua, se lava las manos como Pilatos y dice dirigiéndose al pueblo. — Puesto que se obstinan en pedir una libertad que condenan las leyes constitucionales de la república, yo la autorizo á fin de evitar la efusion de sangre; pero me lavo las manos en esta sentencia abolicionista, siendo vosotros los responsables. — Sí, sí, respondieron centenares de voces. Y al mismo instante el negro, llevado en triunfo, se embarcó para Canadá y dió gracias interiormente á la comedia legal que representó el buen *sherif*.

Ultimamente os hablé del robo de 6,675,000 francos que consumió Pullinger, cajero del Union-Bank de Lóndres. Me prometia encontrar en los debates detalles curiosos, ó al menos algunos rasgos característicos del *humor* británico tan apetecido por el *cronista de Paris*. Confieso que mi curiosidad ha salido bien burlada. Las cosas se han pasado del modo mas natural, confesando el culpable su falta y reclamando con las lágrimas en los ojos la indulgencia del Juez, el baron Chaunell. Su Señoría, en un *speech* sumamente razonado, le respondió, — con cortesía — que sentia no poder acceder á su solicitud y, — con la misma cortesía — le condenó á veinte años de cadena.

PETIT-JEAN.  
(Trad. A. L. de B.)

ULRICO.  
(Continuacion.)

Apenas habia tomado asiento en mi butaca, cinco minutos antes de levantarse el telon, cuando sentí á mi espalda un gran ruido, al mismo



tiempo que una rápida corriente de aire agitaba mi cabellera, entonces espesa, larga y dorada como una crin de león. Volví la cara, y vi tres personas que tomaban asiento en uno de los palcos del costado. He dicho que vi tres, pero esto fué por de pronto, porque muy luego no vi mas que una en quien se fijaron mis ojos con tenacidad magnética, desapareciendo desde aquel punto para mí todo cuanto me rodeaba, escena y teatro, actores y público. Sólo quedaba la música, como el acompañamiento de los latidos de mi corazón: como la armonía de mi fantástico sueño. Ya habréis adivinado lo que podría ser el origen de mi éxtasis. Era una mujer, pero una mujer maravillosamente hermosa, la que acababa de encontrar en el camino de mi vida; la que en aquel momento absorbía toda mi atención. Sentóse en el sitio mas avanzado del palco, y, gracias á esto, pude contemplarla á todo mi placer, oblicuándome un poco en mi butaca y apoyándome en la frágil barandilla que formaba el límite del balconcillo.

Apenas contaría diez y siete ó diez y ocho años de edad; pero su mórbida espalda y sus redondos y torneados brazos estaban completamente desarrollados, como si fuera una mujer de veinticinco. Yo no vi estas bellezas por el momento, porque hasta la mitad del primer acto las tuvo ocultas bajo un ligero albornoz de cachemira gris bordado de oro, que la envolvía completamente, á escepcion de su rostro y de sus enanas manos. Sus cabellos eran negros, brillantes y sedosos, y su cabeza estaba animada por una dulce espresion de candor y de inteligencia. Tenía el cutis blanco y luminoso como el oriente de una perla; y el color de sus mejillas se confundía con el de la corona de rosas naturales que embalsamaba su abundante cabellera. El óvalo de su cara, los contornos del cuello y de los hombros eran la pureza misma. Imposible encontrar nada mas acabado, nada mas artístico! Pero lo que mas llamó mi atención, lo que acabó de fascinarme, fué la belleza verdaderamente singular, y tal vez, única de sus ojos.

No eran grandes; pero tenían una mirada indefinible. Guarnecidos de largas pestañas que no permitían descubrir á corta distancia ni la mas mínima parte del esmalte blanco, brillaban bajo el arco de sus finas cejas como dos carbunclos, ó, mejor dicho, como dos diamantes negros, prestándoles una espresion semi-burlona el pliegue casi imperceptible que fugitivamente se dibujaba en el ángulo exterior de los párpados. El carácter distintivo de esta hechicera fisonomía estaba en los ojos, así como otras muchas mujeres, por líneas tan perceptibles como difíciles de explicar, le tienen en la boca.

Es el alma que se asoma aquí ó allí para dejarse ver por los que creen en ella.

Yo habia recorrido la Alemania, tan fecunda en maravillas femeninas, sin encontrar nada que se pareciera á semejante mujer. Era el ideal de la hermosura francesa, con su espontánea vivacidad, con la sonrisa que entreabre el coral de los labios y deja brillar la blancura de los dientes, con la gracia en las posiciones, con la nobleza en los gestos, con manos, en fin, de niño. Mi arroboamiento era completo. Una vez caído el albornoz, tenía delante de mí, á la distancia de tres pasos, la mas admirable criatura que nadie pudo imaginarse. Con su vestido de tafetan rosa, — púdicamente descotado, — de mangas lisas y cortas, adornado de un simple ramo de flores en la cintura, cualquiera la hubiese tomado por la diosa de la primavera.

Nunca, ni en los delirios de mi fantasía, llegué á soñar con nada que se pareciera á tan fascinadora aparicion, ni tampoco imaginé hasta entonces que un sér humano llegara jamás á absor-

verse tan profundamente en la contemplacion de otro sér. Estaba inmóvil y como petrificado. Hubo un momento en que me figuré que mi fijeza le habia chocado, y que no la disgustaba ser el objeto de mi atención tenaz: una vaga sonrisa plegaba sus labios, y me pareció mas intenso el brillo de sus ojos. Oh! que ventura, me dije, si esta mujer adivinara la que me hace experimentar con su presencia! Y halagado por una idea tan seductora, formaba mil insensatos proyectos, tanto menos realizables, cuanto que ella sería rica sin duda y yo nada tenía mas que mi juventud y mis ilusiones de niño.

En el colmo de la exaltacion y del delirio, prometíame interiormente hacer esfuerzos sobrehumanos para no separarme de ella, para que llegara un día en que se unieran nuestros destinos, cuando un extraño, cuanto imprevisto incidente, me hizo despertar de mi feliz ensueño arrojándome desde el paraíso á la tierra. Cuando mas embriagado me hallaba contemplándola, en el instante en que por la milésima vez la dirigía mi ardiente mirada llena de entusiasmo y de respetuosa admiracion, un pequeño objeto, arrojado desde no sé donde, vino á herir mi rostro junto á la nariz. Hice un rápido movimiento llevando la mano á la mejilla. En la sala, que interrogué con una mirada inquieta y escudriñadora, todos estaban atentos al canto y al juego escénico: nadie se ocupaba de mí. Únicamente mis próximos vecinos eran los que me miraban con cierta inquietud mezclada de temor. Tal vez se creían sentados cerca de un loco, y en verdad esta suposicion debia disculparse en vista de mi aire desatentado, y de la persistencia con que buscaba en torno mio el proyectil que habia llegado hasta mí. No le descubrí á pesar de mis reiteradas investigaciones. Sin embargo, estaba bien seguro del hecho; porque no solamente habia sentido un choque vivo y doloroso, como un capirotazo, sino, lo que es mas, recordaba haber distinguido el objeto al cruzar rápido ante mis ojos cuando vino á tocarme. Mi confusion era estremada. ¿Habíase tratado de ofenderme? — El culpable ¿era sólo un chistoso de mal género, un pillete de la cazuela, ó fué puramente la casualidad la que dirigió el tiro? Este desgraciado incidente perturbó mi espíritu en el resto de la noche. No me atreví ya á volver el rostro hácia mi divina aparicion, y cuando, al cabo de una hora, me aventuré á dirigirla una furtiva mirada, la representacion tocaba á su fin, y mi bella desconocida volvía á colocar sobre sus hombros el vaporoso albornoz de cachemira gris recamado de oro, puesta ya en pié para marchar.

Verdad es que entonces mi loca pasion volvió á dominarme, y concebí el proyecto de no separarme de ella, de seguir su carruaje hasta saber en aquella misma noche su nombre y su morada; pero no quise abandonar el teatro antes de haber hecho la última pesquisa, relativa al incidente que turbó mi felicidad. « Yo la encontraré á la salida » — me dije, mientras la concurrencia iba dejando vacíos los asientos, — « y ya no la volveré á perder de vista! »

Todas mis pesquisas fueron vanas: nada sospechoso descubrí ni en las butacas ni debajo de ellas. Comprendiendo que perdía un tiempo precioso, me precipité hácia la puerta de salida, no pensando ya sino en alcanzar á mi encantadora desconocida. Al pasar por delante de su abandonado palco vi en el suelo una linda rosa, que sin duda se desprendió del ramo que adornaba su cintura. Coji la embalsamada flor con trasporte, la coloqué sobre mi pecho y me lancé á la escalera como una exhalacion.

Cuando llegué al vestíbulo no encontré mas que una docena de viejas feas y rugosas envueltas en sus pieles de armiño y tiritando ante la corriente del aire glacial que penetraba por la

puerta. La vírgen de negros ojos habia desaparecido.

Si os contara una novela, os diría que fuí horriblemente desgraciado por espacio de seis meses lo menos, y que durante mucho tiempo sólo me preocupaba la idea de volver á encontrar á la hermosa desconocida. Pero como nada invento, debo confesar que las cosas no pasaron así precisamente. En la mañana que siguió á aquella noche tan llena de emociones, supe que nada tenía que esperar de mis locos proyectos, de mis pobres castillos en el aire. Ay! ella era inmensamente rica, y estaba próxima á casarse con el hijo de un ministro. Imposible sería pintaros mi honda tristeza, la amargura de mi desesperacion: derramé lágrimas de fuego; pero un mes despues me hallaba, si no consolado, al menos resignado y tranquilo. No olvidéis que no tenía mas que veinte años! A esa edad las impresiones son fugitivas y las heridas del corazón se cicatrizan fácilmente. Sin embargo, la imagen de esta maravillosa hermosura se grabó en el mio con tan indelebles caracteres, que la conservo intacta aun despues de diez años. Otras han venido luego á colocarse cerca de ella, pero ninguna ha podido borrarla del todo.

(Se continuará.)

EDUARDO GOURDON.

(Trad. F. de la V.)

La traduccion del *Mundo ilustrado* se hace bajo la direccion del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE P. MELLADO,

en

MADRID,

calle de Santa Teresa, núm. 8.

DEPOSITO

en

PARIS,

calle de S. André des Arts, núm. 47.

Se remite franco de porte el catálogo de las publicaciones de dicho Establecimiento á las personas que deseen obtenerlo.

## CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

|                             |                                        |
|-----------------------------|----------------------------------------|
| AREQUIPA . . . . .          | D. Manuel G. de Castresana.            |
| ARICA . . . . .             | Sres. Calmann y Riobó.                 |
| BOGOTÁ . . . . .            | D. Rafael Mogollon y Guzman.           |
| BUENOS-AIRES . . . . .      | D. Federico Real y Prado.              |
| CARÁCAS . . . . .           | Sres. Rojas, hermanos.                 |
| CARTAGENA . . . . .         | D. Joaquin F. Velez.                   |
| COBIA . . . . .             | Sres. L. Durandean y Compañía.         |
| GUATEMALA . . . . .         | D. Pablo Blanco.                       |
| GUAYAQUIL . . . . .         | D. Luis Abadie.                        |
| GUAYAMA . . . . .           | D. Narciso Daussá.                     |
| HABANA . . . . .            | Sres. Charlain y Fernandez.            |
| LA PAZ . . . . .            | Sres. Gérard y Comp.                   |
| LIMA . . . . .              | P. Bailly.                             |
| MÉJICO . . . . .            | Sres. Maillefert y Comp.               |
| MENDOZA . . . . .           | D. F. Civit.                           |
| MONTEVIDEO . . . . .        | D. Ventura Garaicoechea.               |
| PANAMÁ . . . . .            | D. José M. Aleman.                     |
| PUERTO RICO . . . . .       | D. Ignacio Guasp.                      |
| ROSARIO . . . . .           | Federico Reissig.                      |
| SAN FRANCISCO . . . . .     | M. Biesta.                             |
| STA. MARTA . . . . .        | D. José A. Barros y Comp.              |
|                             | D. Pedro Yuste y Comp.                 |
| SANTIAGO DE CHILE . . . . . | Librería agencia del <i>Mercurio</i> . |
|                             | D. Ramon Morel.                        |
| SANTO DOMINGO . . . . .     | D. A. Bonilla.                         |
| SAN TOMAS . . . . .         | D. Luis Guasp.                         |
| TAGNA . . . . .             | D. Clemente Bartibas.                  |
| TAMPICO . . . . .           | D. A. Gutierrez y Victori.             |
|                             | D. Santos Tornero y Comp.              |
| VALPARAISO . . . . .        | D. Nicasio Ezquerria.                  |
|                             | D. José Perez Anguita.                 |
| VERACRUZ . . . . .          | D. Juan Carredano.                     |

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle A. Bourdilliat, 45, rue Breda.



